

Y de la muerta virgen en el cuello
 Sus raíces así,
 Por el suelo truncada
 Por entre el césped húmedo yacía,
 Roto su tallo, pero no manchada.
 Tendió el conde sus manos
 A la prenda de su alina idolatrada,
 Y á la caída flor el penitente,
 Cuando esta de repente,
 Por invisible mano arrebatada,
 Se perdió en el azul del manso ambiente,
 Y la pura region del vago viento
 Armonizó una música divina
 Que venia del alto firmamento,
 Detras brotando de su azul cortina.
 El celestial compás de aquella santa
 Misteriosa armonía, llamó al cielo
 La atencion de Wifredo y de Guarino;
 Y al ver el cuadro mágico y divino
 Que les mostró su descorrido velo,
 Se borró de María en la garganta
 La señal de su herida;
 Y á ver la aparicion en luz radiante
 Que en medio de los aires suspendida,
 De su vista mortal está delante
 Tornó á su corazon la dulce vida.

Por el sol coronada,
 De las estrellas fúlgidas vestida,
 De la luna calzada,
 Y de ángeles en hombros conducida,
 La Madre del Cordero immaculada
 Sonreía á los tres, que arrodillados
 Y absortos contemplaban

La divina vision embelesados.
 La Purísima Madre del Dios niño,
 En sus manos, mas blancas que el armiño
 La azucena silvestre mantenía,
 Y con celeste acento
 Que empapó la montaña en armonía
 De son mas apacible, grato y lento
 Que el murmullo del bosque, el mar y el viento
 Con sonrisa hechicera
 Dijo, vuelta á los tres, de esta manera:
 "Donde no hay voluntad, tampoco crimen;
 "Ilesa, pues, la virginal pureza
 "María conservó, y en la aspereza
 "De los montes, siete años penitentes
 "De otro castigo al matador redimen
 "En los juicios de Dios omnipotentes.
 "En medio de estas peñas se levante
 "Sombrio monasterio,
 "Que del Señor las maravillas cante:
 "Otra vez á arraigar esa azucena,
 "Vuelva en las rocas, de perfume llena,
 "Prenda y señal de celestial misterio:
 "Y cuando en el sepulcro preparado
 "Vuestro despojo corporal se suma,
 "Sobre el sepulcro de los tres cerrado,
 "La azucena silvestre se consuma."

Espiró de la Virgen el acento,
 Y cesando la célica armonía,
 La mística vision deshizo el viento,
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella
 Cayeron bendiciendo su destino,
 El noble conde, la feliz doncella,
 Y el santo penitente Juan Guarino.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO EN COLABORACION

DE

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

INTRODUCCION.

Mas allá de Villodrigo
 Y mas acá de Celada,
 Yendo de Madrid á Burgos,
 Desde el camino se alcanza
 Una legua tierra adentro
 Cierta iglesia solitaria
 Sobre un cerro, y que parece
 Pobre ermita abandonada.
 Mas no es así: pues del cerro
 En la contrapuesta falda,
 Y entre otros muchos cerrillos
 Que el terreno desigualan,
 Hay tendido un pueblecito
 Que se esconde á las miradas,
 Mas cuyo fecundo seno
 Tesoros avaro guarda.
 Su nombre es harto poético,
 Aunque no está en ningun mapa
 Ni se lee en ninguna historia:
 Villaldemiro le llaman.
 Anchos arroyos le cruzan,
 Con cuyas parleras aguas
 Reverdecen las laderas
 Sus montañuelas enanas;
 Y á la salida del pueblo
 Entre la espesa enramada,
 De un bosquecillo de sauces
 Que en los arroyos se bañan,
 Y de algunos cientos de olmos
 Que sobre ellos se levantan,
 Yacen de un viejo palacio

Las enmohecidas tapias.
 Palacio fué: en los dinteles
 De sus roídas portadas
 Conserva, aunque ya borrados,
 Sus nobles escudos de armas:
 Y en los severos contornos
 De su destruida fábrica,
 Se ve la forma que Herrera
 A sus edificios daba.
 Las cuatro cuadradas torres
 Ya de sus ángulos faltan,
 Y tejas cubren los techos
 Que cubrieron las pizarras.
 Rotas maderas ocupan
 Los huecos de las ventanas,
 Que ocuparon algun dia
 Bellas vidrieras pintadas.
 Tras ella cuelgan sus telas
 Las cazadoras arañas,
 Donde sin duda otro tiempo
 Ricos tapices colgaban.
 Hoy sirven los aposentos
 De graneros: sus labradas
 Techumbres son el asilo
 De las golondrinas: lavan
 Sus ropas en el estanque
 De su parque las zagalas;
 Y en las yerbas, que á las flores
 Que dió algun dia reemplazan,
 Se apacentan las ovejas
 Y los pastores descansan.
 En vez de amantes endechas
 Cantadas al son de un arpa,
 Se oyen al de un camarillo
 Las campesinas tonadas.

Mas todavía el viajero
Y el vago artista, que pasan
Por junto al viejo edificio,
A contemplarlo se paran.
Y aunque de feudal grandeza
No escita memorias altas,
Ni bien del décimo-sétimo
Siglo la noble arrogancia
Casi recuerda, los ojos
Aun con placer lo repasan.
Aun del pintor y el poeta
En las pensadoras almas
Gratas ideas escita,
Que deleitan si no encantan.
Aun queda un vago misterio
Entre sus viejas murallas,
Que anima dulces memorias
De edades mejor pasadas;
Y aun puede dar este valle
Y este abandonado alcázar
Risueño paisaje á un lienzo
Y á un libro leyenda grata.
Yo, pues, que aunque escaso en numen
Y pobre asaz en palabras,
Gusto de añejas historias
Y hallo placer en contarlas,
Por los puntos de mi pluma
A estender sobre estas páginas
Voy una historia de amores:
Que si á escribirla alcanzara
Como yo me lo imagino,
Bien valiera el escucharla.
Es una historia sencilla
De la centuria pasada,
Del tiempo de don Felipe
De Borbon, quinto en España:
Cuadro tranquilo y risueño
Que á pedazos se engalana
Con flores que en el paisaje
La poesía derrama.
Historia que no anhelando
Volar por regiones altas,
De la rastrera paloma
Se contenta con las alas;
Y no aspirando á elevarse
Con el soplo de la rama,
Se dará por muy servida
Si, en un libro encuadernada,
Sirve tal vez del invierno
En noche aterida y larga
Para entretener un punto
A alguna doncella cándida,
O algun hastiado viejo,
O tal vez, si es que á ser tanta
Alcanzase mi fortuna,
A alguna elegante dama
Que con su lectura olvide
De algun galan la tardanza.

CAPITULO I.

Próximo el sol á su ocaso,
Y entre cárdenos celajes
Y nubes de oro y de púrpura
Amagando ya ocultarse,
Vertia en rayos oblicuos
La tibia luz de la tarde
Por los cerros que aprisionan
De Villaldemiro el valle.
La sombra del monteillo
A cuyo pié el pueblo yace,
Se iba haciendo, aunque no aprisa,
Cada momento mas grande.
Y ya del astro del dia
Los postrimeros raudales
De luz, doraban apenas
Las puntas de algunos árboles,
Desde cuyo alto y espeso
Y ameno y fresco follaje,
Le despedian con trinos
Y con gorgoros las aves.
El aura que mansamente
Oreaba sus ramages,
Mecia las verdes hojas
Con armonía agradable.
Del pastor que recogia
Su ganado, encaminándose
A su aprisco, se escuchaban
A lo lejos los cantares;
Y el cencerro de los mansos
Con su son roneo y salvaje;
El ladrido de los perros
De los rebaños guardianes;
La voz de los labradores
Que tornan de sus afanes
Platicando, ó con sus voces
Alarmando sus hogares,
Y avisando á sus hijuelos,
Que al confin del pueblo salen;
El son de los esquilonos
Que á las oraciones tañen,
Con el agudo repique
Que lento propaga el aire;
El humo que en él se pierde
Escapando en espirales
Por los huecos que en las chozas
Vez de chimeneas hacen,
Cuyos vapores azules,
Con el sol transparentándose,
Formas fantásticas toman
Cuando en su luz se deshacen;
Y el color cárdeno y rosa
Que de ocaso derramándose
Al empezar el crepúsculo
Refleja por todas partes
De la tierra que abandona,
A este campestre paisaje
Dan armonía tranquila
Y tono halagüeño y suave.
Sumióse completamente
El sol, y el fanal errante

De la luna, en su creciente
Fué poco á poco animándose,
Y el aun incompleto círculo
De su misteriosa imagen,
Se reflejó poco á poco
En las aguas del estanque.
Se alzó la nocturna brisa,
Y el aura purificándose,
Con su soplo hizo á las flores
Abrir un punto los cálices.
Brotó su escondido aroma,
Y en el aura derramándose,
Con campesino perfume
Llenó el pintoresco valle.
De esta manera, una noche
Del mes de Mayo empezándose,
Y la cual es el principio
De la accion de mi romance,
Por el estrecho sendero
Que del palacio delante
Pasa, y cruzando el sotillo
De melancólicos sauces
Que le cerca, baja á espacio
Forastero caminante,
Ginete en un potro negro,
Y hácia el lugar acercándose
A la puerta del palacio
Que sobre la senda cae,
Una mujer en silencio
Le contempla aprocesimarse.
Bajó el viajero la cuesta,
Y el bruto, en lo llano hallándose,
Alzó relinchando el trote,
Mostrando su noble sangre,
Y entró por bajo los olmos
Con tan poderoso arranque,
Que el prudente caballero
Tuvo al fin que refrenarle.
Llegó en esto del palacio
Ante la puerta, y mirándose
Frente á la mujer, que en ella
Seguia inmóvil mirándole,
La dijo en tono cortés,
Ligeramente inclinándose:
“¿Podeis hacerme merced,
Buena mujer, de indicarme
Alguna casa, en que quieran
Por esta noche hospedarme?
La mujer, que continuaba
A sombra de los umbrales,
Casi oculta, y sus facciones
Sin que percibir dejase,
Le respondió, con atenta
Voz: “No será eso muy fácil,
Señor caballero: el pueblo
No tiene para hospedaje
Posada alguna, no siendo
Jornada á ninguna parte.”
—“Flor” dijo adentro una voz;
Y ella dijo: “Aquí estoy, padre.”
—¿Quién es? preguntó el de adentro.
—Un forastero.

—¿Qué trae?

—Mucha fatiga, y un poco
De plata, que acaso alcance
Para pagar de esta noche,
Si le encuentra, el hospedaje.”
Esto dijo el caballero
Sobre las crines echándose
De su caballo, al de adentro
Dirigiéndose, y no en balde;
Pues á los pocos momentos,
Con un candil alumbrándose,
Salió al umbral de la puerta
Un anciano venerable
Que le dijo, de hito en hito
Sin dejar de escamarle:
—“Caballero, pues por tal
Os da vuestro porte y trage;
Aquí no hay posada alguna
Do os admitan; mas si os place
Recuperar vuestras fuerzas
Para seguir vuestro viaje,
En esta mansion humilde,
De cuanto en ella se hallare
Sirviéndoos, echad pié á tierra
Y entrad; mas dejando aparte
El dinero, que con oro
No se pagan voluntades.”
—¿Quien quier que seais, anciano,
El cielo la vuestra os pague;
Que es generosa, y la aprecio
En todo cuanto ella vale.”
Y así diciendo el viajero,
De su caballo apeándose,
Entró en la casa; el anciano
Hácia las cuadras guiándole.
Mostróle un pesebre y heno,
Con que poder establarle,
Colgó el candil en un clavo,
Y al forastero acercándose,
A desensillar el potro
Comenzó atento á ayudarle;
Mas no era el recién llegado
Estraño á quehaceres tales,
Pues lo hizo tan fácilmente
Y en tan rápidos instantes,
Que hizo que cortés el viejo
Su destreza celebrase.
Agradecióselo el mozo,
Mas sin dejar de ocuparse
Del potro, que le era objeto
De minuciosos afanes,
Le echó una traba á las manos
Porque no se maltratase;
Su doble capa en los lomos
El sudor para guardarle,
Y una palmada en el cuello
Carinosamente dándole,
Volvióse al anciano huésped
Diciendo: “Cuando gustáreis.”
Echó adelante el anciano
Con el candil alumbrándole,
Y el viajero, de la cuadra
Dió media vuelta á la llave.
Relinchó el caballo: el dueño

Dijo alto: "Quieto, Brillante!"
Y tomó la ancha escalera,
En el palacio internándose.

CAPITULO II.

Despues que hubieron cruzado
Por tres solitarias piezas,
Que en los dueños de la casa
Acusaban indigencia,
Pues adornos no se vian,
Ni aun casi muebles en ellas;
Alumbrando al forastero
Llegó el viejo ante una puerta,
A través de cuyos quicios
Se veía luz; y abriéndola
Ante el mozo, "Entrad," le dijo
Haciéndole reverencia.—
Entró el viajero en la estancia,
Y halló en su centro una mesa
Como de labriego franca,
Como de pobre modesta.
Limpio mantel la cubría,
Que aunque de trama grosera,
En su estremada blancura
A la nieve se asemeja.
Platos de vidriado barro,
Y cubiertos de madera,
Con vasos de asta la cubren
Y blanco pan, que aun humea.
Dos taburetes de roble,
Y un gran sillón de baqueta
Ocupan entrambos lados
Y el sitio de cabecera:
Y una muchacha que cumple
Diez y siete años apenas,
De pié al lado del sillón,
Que el viejo se siente espera.
Mas este hácia el caminante
La encanecida cabeza
Tornando, de aquella sila
Le brindó la preferencia.
Ocupóla á su pesar
El forastero; á su diestra
Sentóse el viejo, y la niña
Tomó lugar á su izquierda.
Bendijo la mesa el viejo
Con breve oracion secreta,
Y á una voz de la muchacha,
Entró un jayan con la cena.
Y como en toda la historia
Es esta la vez primera,
Que juntos sus personajes
Y con buena luz se encuentran,
Contemplémoslos despacio,
Mientras ellos tambien se enteran
Unos de otros en silencio,
Antes de tomar franqueza.
El viejo es hombre robusto
Que aun no raya en los sesenta;
En su exterior todavía

Agil y sano se muestra:
Los años por él pasados,
Los años y acaso penas,
Han dejado en sus facciones
Largas é indelebles huellas.
Su ancha calva, y de su barba
Las lacias y blancas hebras;
Las arrugas de su frente,
Despejada, alta y serena;
Las miradas de sus ojos,
Donde clara reverbera
La calma de la honradez,
La luz de la inteligencia;
Sus palabras comedidas,
Y sus muy graves maneras,
Reclaman en favor suyo
El respeto y deferencia.
Y aunque entre toscos ropages
Su noble persona envuelta,
Al través del burdo paño
Algo de grande revela.
El forastero es un mozo
Que años veinticinco cuenta,
Con un semblante espresivo
Y una gallarda presencia.
Sus negros ojos, que brillan
Bajo sus arqueadas cejas,
Su frente tranquila y ancha,
Su nariz algo aguileña,
Su boca algo desdenosa,
Y su tez algo morena,
En él fácilmente acusan
La osadía y la nobleza.
Sus blancas manos, su riza
Y cuidada cabellera,
Su bien cincelado estoque
Y una riquísima piedra
Que en un primoroso anillo
Engastada, al dedo lleva,
Prolijamente declaran
Su noble sangre y riqueza.
La muchacha, que á su lado
Y frente al viejo se sienta,
Es una rosa de Abril,
Llena de aroma y belleza;
Es un lucero humanado,
Un ángel sobre la tierra,
Como en sus versos amantes
Suelen decir los poetas.
Sus negros ojos, que adornan
Largas pestañas espesas,
Cuya sombra se dibuja
En su tez rosada y fresca;
El delicado contorno
De su virginal cabeza,
En que de negros cabellos
Cuida dos ricas madejas
Que en su vértice recoge
En dos abultadas trenzas:
La sonrisa imperceptible
Que en sus lábios juguetea:
Su cuello, en cuya piel suave
Y blanca, se trasparenta

El puro azul enramado
De sus delicadas venas;
Y la espresion peregrina
De candidez y modestia
Derramada en sus facciones
Y en sus modales, demuestra
Que no es su fina hermosura
Hija de tan pobre aldea,
Ni flor tan pura han podido
Crear aquellas laderas.
Tales son los personajes
Que toman parte en la escena
De esta historia, y que trabaron
Plática de esta manera.

EL VIEJO.

¿Conque solo? ¿Y dónde bueno?
Si no es pregunta indiscreta.

EL FORASTERO.

Sin cierto rumbo camino;
Donde me arrastra mi estrella
Voy, pues me es indiferente
Cualquier lugar de la tierra.
De uno he salido, en el cual
A disgusto mi existencia
Se arrastraba, y fuera de este,
Viviré en paz en cualquiera.
Y aunque en el lugar que dejo,
Personas y cosas quedan
Que amo mucho, han de pasarse
Años antes de mi vuelta.

EL VIEJO.

Pesares ó fantasías
Veo ¡oh jóvenes! que os aquejan,
Que quereis en vuestro pecho
Guardar. Mas enhorabuena,
Y en paz sea dicho, y oidme
Sin que con esto os ofenda.
El mundo engaña á los jóvenes
Con muy sutiles quimeras,
Y tal vez con algun sueño
Vuestra mente se enagena.
Continuamente en la vida
Viento revoltoso reina,
Que á lo que á una vuelta ensalza,
Lo derriba en otra vuelta:
Y hay ideas que los mozos
En su corazón engendran
Con pretension de montañas,
Y son granillos de arena.
Mirad, pues, atentamente
Lo que vais á hacer, no sea
Que de la arenilla huyendo,
Tropeceis en rudas peñas.

EL FORASTERO.

Comprendo y estimo en mucho,
Señor, las palabras vuestras,
Pues fácilmente se dan
Por hijas de la experiencia.
Mi alma, aunque en cuerpo de mozo,
Escucha siempre y respeta

De la sábia ancianidad
Las palabras y prudencia.
Mas no habeis dado en el blanco:
Mi alma, de pasion agena,
Tras quiméricos fantasmas
Desatinada no vuela.
Y porque, en fin, no creais
Que son necias mis respuestas,
Y vuestro consejo escuso,
Os relataré completa
Mi historia en breves palabras,
Y me juzgareis por ella.

EL VIEJO.

Antes de que la empeceis,
Tomad, caballero, en cuenta,
Que yo no os lo he demandado,
Y que tal como ella sea,
Vais á confiarla á personas
A quien conoceis apenas.

EL FORASTERO.

No olvideis tampoco vos
Que pues sin saber la vuestra
Voy á fiaros mi historia,
No es cosa que me avergüenza.
Hácia vos, señor, me atrae
Simpática deferencia,
Y sé que no abusareis
De lo que os fie mi lengua.

EL VIEJO.

No á fé: mas tal vez...

EL FORASTERO.

Señor:

Si los rastros que refleja
Vuestra alma en vuestro semblante,
Y que hoy á tal confidencia
Me impelen, son engañosos,
No hay verdad sobre la tierra.—
Hablaré, por mil razones,
Por ver lo que me aconseja
La vuestra; por si tal vez
Vuestra voz alivio presta
A mis cuitas, y á lo menos,
Por mis recuerdos siquiera.

EL VIEJO.

Yo os agradezco, buen jóven,
Vuestra urbanidad atenta,
Y haré á vuestra simpatía
La justa correspondencia.

Diciendo así, á la muchacha
Con imperceptible seña
Mandó el viejo retirarse:
Y abandonando la mesa,
Con un gracioso saludo
Salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
Sus claveteadas maderas
Contemplando, cual si aún
A través pudiese verla.
Sonrióse el viejo, entendiéndolo

Por su expresion sus ideas;
Y echando en los vasos de asta,
El licor de una botella,
Dijo: "Os escucho," y el otro
Empezó de esta manera:

EL FORASTERO.

Familia de ilustre sangre,
Entre los nombres asienta
De sus varones el mio:
Y harto sobrada de hacienda,
Y harto colmada de honores,
De España es de las primeras.
Mis padres viven: si tienen
Mas virtudes que flaquezas,
Pues su hijo soy, no me toca
Tacharlas ni encarecerlas.
A Francia, que en ciencias y artes
Es hoy de Europa academia,
Y adonde gloriosamente
El rey Luis catorce impera,
Me enviaron á que cursase
Sus mas célebres escuelas,
En que adquirí yo opiniones
Que hoy mantengo con firmeza.
Fatigaron mi cerebro
Escolásticas tareas,
Y desengaños y azares
Avanzaron mi experiencia.
Portéme como español
En seis años que en aquella
Corte estuve: estudié mucho,
Reñí poco, que fué prueba
De juicio, porque en verdad,
Sangre ardiente y estranjera,
Do quiera en aquel país
Halla sazón de contienda.
Por fin, con nombre sin tacha,
Y harto atestado de letras,
Dí vuelta á España, y al techo
De mi mansion solariega.
Recibieronme mis padres
Con las caricias mas tiernas,
Y el rey me admitió al servicio
De su persona. Mis rentas
Me daban lujo; lo noble
De mi alcurnia, y mi opulencia,
Me dió muchos envidiosos,
Mas tambien fortuna inmensa:
Mis estudios y mis viajes,
Y mi educacion francesa,
Y mis trajes á la moda,
Y mi suerte al fin, con llenas
Manos, sobre mi vertian
Dichas y venturas: y era
Del rey casi el favorito,
Y el mismo de la grandeza.
Mi padre, al ver mi fortuna,
Se decidió á no perderla,
Y se ingenió de tal modo,
Que logró que una princesa
De sangre real, me otorgara
Su mano con real licencia.

Infanta es, y hermosa acaso;
Mas aunque con sangre régia,
Emparentar siempre es honra,
Tal vanidad no me tienta.
Mi pensamiento es distinto
Y mi opinion bien diversa,
Y en las horas solitarias
En que á los hombres desvelan
Afares del porvenir,
Y con lo futuro sueñan,
Soñaba auroras de dicha
En menos sublime esfera,
Y á costa de mi ventura
No anhelé tamaña alteza.
Yo ansié con una mujer
Mas virtuosa que bella,
Mas amorosa que rica,
Y mas casta que princesa,
Partir mi amor respetuoso,
Mi favor y mi opulencia,
Si quier sus solas virtudes
Al matrimonio trajera.
Vé, pues, que iba hacerme esclavo
En vez de esposo: con fuerzas
No me hallé para hacer á otro
De mi libertad ofrenda,
Y me negué á tal enlace,
Y enojé á mi parentela.
Montó en cólera mi padre,
Vino mi familia entera
Sobre mí, cual si ello fuese
Causa de alguna vergüenza.
Todos sus futuros planes
Viendo fallidos, con terca
Tenacidad se empeñaron
En probarme la escelencia
De tan ventajoso enlace,
Y en rendir mi resistencia.
Mas en vano, pues cansado
De sus disputas eternas,
De la furia de mi padre,
Que en no escucharme se cierra,
Y decidido á no ser
De este afán víctima necia,
Dispuse secretamente
De una parte de mi herencia,
Tomé un caballo una noche,
Y de la corte y paterna
Casa, me ausenté discreto
Para dar trecho á que venza
El tiempo tal vanidad,
Y la razon tal demencia.
Esta es mi historia, señor,
Esta es tambien la postrera
Resolucion que he tomado
De mi porvenir acerca.
Mi posicion, mi fortuna,
La avanzada edad que pesa
Sobre mis padres, en fin,
Exigen que me establezca.
Mas rico soy, y no busco
Mujer que doble mis rentas;
Soy noble, y poco me importa

Que mi mujer sea plebeya:
Mujer virtuosa quiero,
Pura, religiosa y tierna,
Consuelo en la adversidad,
Y en la dicha compañera.
Mujer quiero que, aunque se haya
Educado en la pobreza,
El alcázar de su honor
Con fé y conviccion defienda;
Mujer quiero que cumpliendo
Sus obligaciones sepa,
Para mí y para mis hijos
Casta esposa y madre buena.
Tal la quiero: y pues en esto
Todo el porvenir se arriesga,
Y de esta eleccion depende
La fortuna venidera,
Si tal no la hallo, la vida
Así en soledad perpétua
Pasaré, si quier me hereden
Quienes mi nombre no tengan.

EL VIEJO.

Por Dios que os honran, mancebo,
Opiniones tan opuestas
A las que ahora en el mundo
Por los hombres se profesan.
Bien hayan los buenos años
Dedicados á las ciencias,
Que os han puesto el corazon
En opiniones tan rectas.

EL FORASTERO.

Dejad, buen viejo, por Dios,
Alabanzas que no aciertan
A dorar la oscura mancha
Que mi conducta sombrea,
De abandonar mis hogares,
Aunque preciso lo sienta.

EL VIEJO.

No os lo abonaré yo nunca,
Mas siempre con indulgencia
Veré á quien su honor estima
Mas que el oro y las grandezas.
Y al fin, mirándolo bien,
Tal vez disculpa merezca,
Pues pende del matrimonio
Aun la salvacion eterna.

EL FORASTERO.

Quédese aquí.

EL VIEJO.

Aquí se quede:
Mas para que no os parezca
Que correspondo mezquino
A la confianza vuestra,
Os diré en cuatro palabras
Mi historia.

EL FORASTERO.

Jamas hubiera
Osado sobre ella haceros
Pregunta alguna indiscreta;

Mas os confieso en verdad
Que os oiré con complacencia.

EL VIEJO.

Os comprendo; habeis notado
Que hay en mí cierta estrañeza,
Que con mi ser de labriego
Casa mal y se despega:
Y acaso me hayais tenido
Por algun noble que encierra
En esta vetusta fábrica,
Vida de misterios llena;
Mas no: mi historia es sencilla,
Y de asombros tan ajena,
Que os parecerá monótona;
Mas donde os canse se deja.

Y aquí, cruzando los brazos

Y apoyándose en la mesa
El jóven, y en el anciano
Fijando mirada atenta;
Brillando la calma en este
Y en el otro la impaciencia,
Comenzaron á escuchar
Y á decir de esta manera.

CAPITULO III

INSOMNIO.

"Nací de hidalga familia,
Mas no de tan noble origen,
Que deba hoy llorar el verme
En condicion tan humilde.
Marino en mi juventud,
Perdí sus buenos abriles
Errando sobre los mares
Que á la culta Europa ciñen.
Serví con honra á mis reyes
En los lejanos países
Donde me arrojó mi estrella,
O la fuerza irresistible
De los vientos, que me echaron
A muy remotos confines.
Una horrorosa borrasca
Estrelló contra las Sirtes
Una noche nuestra nave.
¡Qué noche! á un mastil asíme,
Y con las ondas luchando,
Defendí la vida triste
Que creí que me restaba,
Con esfuerzos increíbles
Recogíeme una fragata
De ingleses, y que avenirme
Tuve á navegar con ellos
Hasta las playas de Chile.
Un rico español prendóse
De mí, y me empleó en servirle
En negocios de comercio;
Y tan bien sin duda lo hice,
Que quiso en haciendas suyas
Colono constituirme.

Conocí allí una mujer
De las que en aquellos límites
Del mundo crían los cielos
Para que el sol las admire.
Me enamoró su hermosura,
Me correspondió, y uníame
Con ella en sagrado nudo,
Y hénos aquí ya felices.
Vivimos así dos años,
Y al fin de ellos, fué indecible
Mi placer al verme padre
De esa muchacha que visteis
A vuestro lado esta noche.
Nació cuando imperceptibles
Los rayos del sol naciente,
Con purpurinos matices
Teñían las verdes puntas
De las palmeras flexibles.
Nació en un día de Abril,
Cuando empezaba á cubrirse
El prado fértil de flores,
Y las lagunas de cisnes:
Y en memoria de aquella alba,
Que haga Dios que nunca olvide,
Flor-del-Alba la llamaron;
Y Dios, que el fruto bendice
De un amor casto, ha querido
Que su nombre justifiquen
Su hermosura y su virtud,
Que con su baldad compite;
Mas como al fin en la tierra
Dicha completa no existe,
Su madre murió cuando ella
Cumplía los cinco abries.
Sin ella, aquel paraíso
Me fué destierro insufrible,
Mi hacienda carga enojosa,
Arido desierto Chile.
Devolví, pues, sus terrenos
A aquel español insigne
A quien los debí; con oro
Quiso en vano seducirme:
En abandonar á América
Vió mi voluntad tan firme,
Que al fin me abrazó diciéndome:
"Vé en paz, y que Dios te guíe."
En oro me dió el valor
De mis bienes: conducirme
Quiso hasta uno de sus buques
Que me esperaba, y me hizo
A la vela, en él trayendo
Mi hija y mis memorias tristes
A España, donde con mi oro,
En la corte establecíme.
Mas viendo que las delicias
De sus ruidosos festines
Y tumulto, me aburrían
En lugar de divertirme,
Y que mi hija Flor crecía
En belleza, y que sutiles
Los ejemplos de la corte,
Es fuerza al cabo que minen
La virtud de las mujeres,

Que no pueden eximirse
De las torpes seducciones
De juventud algo libre:
Compré á un marques arruinado
Estos terrenos, y vine
A gozar entre sus muros
La renta escasa que rinden
Cuatro tierras que he comprado
De estos valles en los lindes.
Aquí olvidado del mundo,
Y en soledad apacible,
Habito con Flor-del-Alba
Las estancias que permite
Habitar este palacio,
Que amaga bien pronto hundirse;
Aunque no será tan presto
Que nuestros ojos lo miren.
Esta es mi historia completa,
Que á mi vez contaros quise
La vuestra para pagaros.
Y ahora, buen jóven, que oísteis
Lo que soy y lo que tengo,
Que os ofrezca permitidme
Lo que puedo y lo que valgo,
Si de algo todo ello os sirve.
Cama os mandé prevenir
Y aposento: si á él seguirme
Gustais, venid, que ya es tarde,
Y acaso el cansancio os rinde.
Y así diciendo el anciano,
Con halagueño semblante
Echó del jóven delante,
Con una luz en la mano.
Y como el mozo veía
Que la franca esplicacion
De tan clara insinuacion
Oposicion no admitía,
Dejó su cómodo asiento,
Y se dispuso á seguir
Al viejo, hasta el aposento
Que le mandó prevenir.
Salieron, pues, de la estancia
El uno del otro en pos,
Perdiéndose así los dos
En la sombra y la distancia.

ii que difícil fácil

Estaba el aposento destinado
Para el jóven viajero,
En un ángulo aislado
De aquel viejo edificio colocado.
Para llevar á él al caballero,
Cruzar el viejo le hizo
Uno tras otro cuarto abandonado,
Y uno tras otro oscuro pasadizo:
Por los cuales al ir, notó el mancebo
El estado ruinoso en que se hallaba
La mansion que su huésped habitaba.
Las rotas ó gastadas escaleras,
Las empolvadas bóvedas sombrías,

Entre cuyas maderas
Se filtraban aún en gotas frías
De las pasadas lluvias las goteras;
Las doradas molduras,
Por la humedad y el polvo carcomidas;
Las puertas de mohosas cerraduras
No usadas largo tiempo, y derruidas,
De su marco y dintel las esculturas:
Todo lo reparó; mientras callado
Su hospedador por ella le condujo,
Y aquella soledad y aislamiento
Mala impresion en su ánimo produjo,
Y aun en su corazon por un momento
Misteriosos recelos introdujo.
Dejóle en fin en su aposento solo
El venerable anciano,
Y toda idea de traicion ó dolo
Desechó al contemplar de su semblante
La candidez, y al estrechar la mano
Que le alargó al salir, dulce reposo
Deseándole atento y cariñoso.
El jóven, sin embargo,
Con precauido exámen, cauteloso,
Su cuarto registró por donde quiera
Que el pié pudo fijar, tender la mano,
Y dar campo á los ojos:—todo era
Limpio allí, si no rico: blando lecho
Con mullido vellon y lienzos hecho,
Que grato olor á limpios exhalaban,
A dormir convidaban:
Y descendiendo en pliegues desde el techo,
Las ventanas y puertas adornaban
Blanquísimas cortinas,
Con gusto puestas, aunque no muy finas;
Toscos siales, perchas necesarias
A uso de quien se viste y se desnuda;
Encendida y templada lamparilla,
Todas, en fin, las fruslerías varias
Con que á un huésped ayuda
Una fina atencion, del buen anciano
Allí previno la oficiosa mano.
Abrió, pues, su maleta el caballero,
Y echando á un lado su empolvado trage
Y las botas de viaje,
Cómoda bata se ciñó; su espada
Dejó á su lado diestro colocada,
Y en la cama metiéndose,
Largo sueño á gozar tranquilo y blando
Se dispuso en las ropas envolviéndose.
Pronto vagos delirios é ilusiones,
Fantásticas se alzaron en su mente:
Vaporosas visiones
Que cerniéndose en alas invisibles
Bajan continuamente,
Del pacífico sueño precursoras,
A derramar benéfico beleño
Sobre el mortal que siente en altas horas
Con silencioso pié venir al sueño.
Todos entonces en tropel callado
Los objetos que vimos en el día,
Toman cuerpo en la loca fantasía
Y en confuso monton desordenado,
Llenas de ligereza y poesía,

Revestidas de formas celestiales,
Nos escitan ideas que adoramos
El sueño al conciliar, mas de las cuales
Jamás al despertar nos acordamos.
Mas entre estos delirios del insomnio
Que aduermen al cansado caballero,
Entre esta multitud de sombras leves,
Precursoras del sueño verdadero,
Hay un bello fantasma mas visible,
Mucho mas vaporoso, mas ligero,
Que le acuerda amorosa y vagamente
La encantadora imágen apacible
De otro viviente ser visto primero.
Y esta imágen purísima, alba y bella,
Que entre las pardas sombras del insomnio,
Como lirio entre céspedes descuella,
Como entre zarzas purpurina rosa,
Como entre nubes rutilante estrella,
Como entre toseas y comunes aves
Del real pavon la pintoresca pluma,
Cual régio buque entre pequeñas naves;
Como rayo de sol entre la bruma
De nebuloso lago, es la amorosa
Sombra de una mujer cándida, hermosa,
A quien logró mirar tan solo un punto,
Cuya presencia saboreó un momento;
Mas cuyo bello y celestial trasunto,
Indeleble conserva el pensamiento.
Y esa mujer con quien despierto sueña,
Ese delirio que al dormirse adora,
Y cuya aparicion encantadora
El sueño de él en alejar empeña;
Esa muger, cuya ilusion divina
Por rechazar de su memoria lucha,
Pero cuyo recuerdo le fascina,
Y á quien á su pesar mira y escueha,
Es Flor-del-Alba, á quien amar empieza,
Angel en su beldad, flor en pureza.
Así el amor callando se desliza
En nuestro corazon libre y tranquilo,
Y con el filtro del amor se hechiza,
A una ilusion así prestando asilo.
Como ilusion la admite: ella, traidora,
La hoguera oculta del amor atiza,
Su belleza ideal la patentiza,
Y al verla el corazon tan seductora,
Con la ilusion falaz le fanatiza,
Y al fin ciego de amor la diviniza,
Y en el altar de la pasion la adora.
Y así, como un recuerdo vagaroso,
Por la puerta no mas de un pensamiento
Disfrazado, traidor, mudo, alevoso,
Del viajero en el alma tal momento
Entra amor á robarle su reposo.

CAPITULO IV.

MUSICA.

Apenas de estas quimeras
Que en la mente se acumulan